

Gregorio Selser



1922-1991

La mañana del 28 de agosto de 1991, la corresponsal en México de uno de los principales diarios conservadores germanofederales enunció un seco *gut*, cuando su secretaria le informó, al revisar los titulares del día, que el periodista y escritor Gregorio Selser se había suicidado.

El militante socialista autónomo, íntegro, escritor, pensador y publicista crítico, criado en un orfanato en la zona austral de América Latina, quien a los doce años dejó la escuela para laborar y leer y leer: "sentía que la escuela me quitaba tiempo para leer", terminó incinerado en el norte del mismo subcontinente, en la Ciudad de México, en medio de la gente cuya suerte había sido una de sus preocupaciones centrales a lo largo de toda su vida y obra, los miserables de América Latina, que ya son casi todos.

Ciertamente, a los doce años ya había leído *Los miserables* de Victor Hugo: "aún hoy sigo diciendo que fue la novela que más me impresionó y que, creo, me enumbó en la dirección social", le relató a su hija Claudia, en 1989. Antes ya había leído a Émile Zola quien lo marcó para toda la vida, no sólo por su novelística, incluyendo *Germinal*, lectura imprescindible entre ácratas y socialistas, sino también por su ejemplo como publicista comprometido con investigar, documentar y denunciar públicamente la injusticia social, costare lo que costare.

En la represiva década de los treinta, que empezó con la crisis capitalista de 1929 y el subsecuente cuartelazo encabezado por el general José F. Uriburu, el adolescente Selser, marcado por la tónica pacifista socialista y por la idea del progreso, y del avance hacia el socialismo, a los quince años —edad mínima para ser admitido— se afilió a la Juventud Socialista. Entonces vivió su primer arresto por cometer el "ilícito" de vender bonos en favor de la República Española. Por ser menor de edad fue puesto en libertad unas horas después. No así en 1940 cuando, apenas alcanzada la mayoría de edad, "reincidió". Fue detenido y arrestado 10 días por haber participado en una manifestación en apoyo a los Aliados. La Segunda Guerra Mundial ya había estallado en Europa, estaban en pleno auge el fascismo y el clericalismo reaccionario, y el gobierno argenti-

no simpatizaba con los países del Eje. En prisión, Selser compartió el espacio con varios argentinos presos por haber peleado en la Guerra Civil Española.

La educación política de Selser fue la de un autodidacta joven proletario de inclinación socialista pacifista, antimilitarista y antifascista en la Argentina de los militares de los treinta e inicios de los cuarentas. No tenía paciencia para ladrillos de teoría gris, y siempre reconoció que le faltaba formación teórica y de índole académica. Por considerar su formación incompleta, el cuestionamiento intelectual aunado a la apertura y a la avidez por aprender lo acompañaron toda la vida.

Paralelamente a su actividad laboral de tiempo completo, durante los primeros años de los cincuenta –además de la conformación de la biblioteca y hemeroteca, que hacía junto con Marta Ventura, quien trabajaba como maestra de pintura también de tiempo completo– Selser rastreó desde muy temprano las primeras pistas de la nueva policía secreta imperial de la *pax americana*: la Central Intelligence Agency (CIA), entonces virtualmente desconocida. En Irán, Estados Unidos buscaba revertir la nacionalización petrolera de Mohammed Mossadegh y en Guatemala hacer abortar el gobierno constitucional de Jacobo Arbenz, donde sus reformas habían coartado el poder y afectado el saqueo de años realizado por la United Fruit Company. Ambas operaciones fueron rotundos éxitos de la CIA, para el horror por décadas de las respectivas poblaciones. Mossadegh y Arbenz fueron depuestos y reemplazados respectivamente por Mohammed Reza Pahlevi (1953) y Carlos Castillo Armas (1954). Con esos dos golpes, la CIA adquirió notoriedad mundial e hizo que Selser tomara la decisión de escribir libros.

En su reconstrucción histórica del caso guatemalteco, Selser se topó con un personaje que lo cautivó: Augusto C. Sandino, obrero que había conformado una guerrilla para expulsar a los marines estadounidenses de Nicaragua. Exitoso después de casi siete años de lucha, fue asesinado en 1934 por un “padrino” de Castillo Armas, el presidente nicaragüense en activo, Anastasio Somoza García. A partir de la información que pudo recabar en Buenos Aires, Selser escribió *Sandino, general de hombres libres* y pospuso su investigación sobre Guatemala, que después publicaría como *El guatemalazo*.

Adicionalmente a la política imperial estadounidense en Centroamérica y el resto del subcontinente, el fascismo, el militarismo y la CIA, entre las efemérides que más ocuparon a Selser durante su fase argentina fueron el gobierno de Frondizi, el onganato, la Revolución Cubana (1959), la matanza de escolares en la Zona del Canal (Panamá) por militares estadounidenses (1964), la invasión a República Dominicana (1965), la Alianza para el Progreso y el ascenso y aniquilación del gobierno de la Unidad Popular en Chile (1973). Paralelamente concibió y trabajó en su proyecto, quizás el más ambicioso, la elaboración de una *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina*, a partir de 1776, en el que trabajaría hasta su muerte.

Gregorio Selser estuvo, desde siempre, en la lista negra de los distintos servicios de inteligencia y de las fuerzas castrenses de “seguridad nacional” de la región, que habían tomado por asalto el Cono Sur (comenzando por Brasil en 1964) por interés propio y para el imperio estadounidense del que formaban –y forman– parte en calidad de cipayos históricos, y para el imperio vaticano en calidad de cruzados contra los infieles; es decir, exterminadores, saqueadores y violadores bajo capa de guerreros santos. Sólo faltaba Argentina. El *Putsch* de la “guerra sucia” y guerra santa ocurrió el 24 de marzo de 1976. Ya en la mira de la Triple A –las tres armas como denunciaría Rodolfo Walsh al precio de su vida– mucho antes del cuartelazo, Selser comía el máximo peligro y su exterminio era sólo cuestión de tiempo.

Acompañado al aeropuerto por abogados y periodistas amigos, pero como si fuera algo absolutamente rutinario, y estrenando una comisión como corresponsal especial de

IPS en Panamá, el 16 de julio de 1976 Selser pasó los controles de los agentes del Servicio de Informaciones de Estado (SIDE), y de migración en Ezeiza, que le permitieron abordar un avión que lo llevaría al destierro que fue, según él, la etapa más productiva de su vida, y en la que recibió el reconocimiento que jamás obtuvo en Argentina. A este periodo lo calificó Selser como su "sobrevida".

La primera escala fue Panamá, donde paralelamente a su labor de corresponsal, redactó el primer borrador de su libro sobre Benjamín Zeledón, y colaboró en la Radio Nacional.

La segunda escala, la definitiva, sería la Ciudad de México, donde arribó el 10 de noviembre de 1976 con un contrato como investigador de la División de Estudios de la Comunicación del Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET).

En el ámbito académico, desde finales de los setentas Selser se incorporó al Proyecto "Lázaro Cárdenas" de Estudios Estratégicos a petición de su director, John Saxe-Fernández, y a partir de abril de 1982, fue profesor del posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, adscrito al Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA), donde realizó reconocidas aportaciones.

Para Selser, Latinoamérica era un subcontinente saqueado y menoscabado por el imperialismo, las oligarquías, los militares y la iglesia católica, por las conductas entreguistas, cipayas, obsequiosas y sumisas, por la dependencia neocolonizada, intelectual y psicológica. Consideraba que si América Latina no resolvía su relación con Estados Unidos, "en función de objetivos nacionalistas, autonomistas, de soberanía nacional y al propio tiempo de integración", resultaría "condenada a la dependencia".

En casi toda la obra de Selser está entrelazado un análisis permanente y minucioso de los medios masivos de comunicación, particularmente de las agencias de noticias y la prensa; una crítica fulminante a los medios antidemocráticos, manipulativos, serviles, autocensurados, al servicio del poder y la mentira, tema al que dedicó parte considerable de sus trabajos. En este punto, la labor y la obra de Selser en América Latina sólo es comparable con la de Noam Chomsky y I. F. Stone en Estados Unidos.

Las verdades que destapaba y denunciaba, rigurosamente documentadas, en libros y artículos, provocaban polémicas en América Latina, Estados Unidos, e incluso, en Alemania Federal. Al igual que sus notas periodísticas, sus libros eran aplaudidos y satanizados, así como atesorados o incautados, y también llegaron a ser "desaparecidos" o quemados por orden gubernamental. Tal es el caso de *El rapto de Panamá*, incinerado por orden del gobierno panameño, y que enfureció también a los nacionalistas panameños, porque Selser había osado afirmar que Estados Unidos había inventado el país para hacerse de un canal.

Hace apenas poco más de diez años de la muerte de Selser, muy poco tiempo para poder precisar la importancia y el impacto de su obra a largo plazo. Además, sigue publicando libros y casi toda su obra periodística del destierro, 1976-1991, ya está almacenada en discos compactos.

En la medida en que la obra completa de Selser sea consultable –la mayoría de sus más de 40 libros es inconseguible– habrá una nueva valoración. Cuando esto ocurra, es muy probable que Selser ocupe un lugar singular en la historia latinoamericana de las ideas y del periodismo del siglo xx. No es comparable con nadie en América Latina, pero su trascendencia no será menor a la de Mariátegui o Martí.

Stephan A. Hasam*

Abril de 2001

* Profesor e investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana.